

Sobre Fórmula (Mágica), de Sofía Durrieu, en Naranja Verde

“Es la ficción dominante, la ficción consensual la que niega su carácter de ficción haciéndose pasar por lo real en sí. (...) Tanto la ficción artística como la acción política socavan ese real, lo fracturan y lo multiplican de un modo polémico.”

Jaques Rancière¹

Es septiembre de 2013, en Argentina, y nos encontramos a mitad de camino entre dos elecciones. De conformidad con la vida en democracia, observamos el cambio visual que va aconteciendo en el paisaje ya sea con alegría, humor, esperanza, fastidio, bronca, o una mezcla de estados. Hace meses que desde los rincones, las paredes, la tele, las rutas, los diarios, Internet, el muro de Facebook, vemos a los candidatos del momento en una relación de escala siempre desventajosa para nosotros: ellos son más grandes, están más presentes, se multiplican en la imagen y sus voces se vuelven parte del paisaje sonoro cotidiano, entran a nuestros hogares, forman parte de las conversaciones diarias.

Los que estamos hoy acá y quizás un puñado de transeúntes atentos en algunas calles, veremos aparecer a una nueva figura: Hilda Godot, flamante candidata por el P.U.S. (Partido Ultra Susceptible) junto a sus tres inefables compañeros de fórmula. Como corresponde, Hilda toma la palabra primero y desgrana una sucesión de frases que no terminamos de saber si se contraponen, se contradicen, o son una obra maestra de la retórica: “Lo que más me importa soy yo / Para mí, lo que más importa es lo que vos pienses de mí / Que nada ni nadie nos saque de la permanencia en la periferia / Siempre estoy en el medio / Prometo no cumplir / Por eso PRIMERO, DESPUÉS.” Hilda parece una ex-punk pasada por un reformatorio donde le lavaron la cabeza para pasar del “do-it-yourself” a “Porque sólo se puede llegar a la frustración que deseamos a través de la crítica constante y la castración de nuestros verdaderos deseos.” En el partido de Hilda, abunda un lenguaje psicológico que se muerde la cola en soliloquios grotescos. Lejos de pensar las cosas en común, poniendo lo colectivo por delante como todo político de *raza* sabe hacer, Hilda nos propone centrarnos en las susceptibilidades propias y, cuanto más subjetivas, mejor; aunque esto no signifique en absoluto hacerse cargo de las propias elecciones. Ella es ella, y para eso fundó un partido, para tener un lugar donde compartir sus frustraciones personales como si fueran de todos.

Y sin embargo, a la letanía de quejas y afirmaciones sobre la imposibilidad de hacer, la acompaña una curiosa constelación de objetos amorosamente escogidos y realizados. En el afiche para la campaña gráfica la vemos vestida con una esforzada formalidad, maquillada con cosméticos cuidadosamente escogidos para crear una mezcla disonante, adornada con un collar dorado del que cuelgan dijes remedando los que algunas madres usan para simbolizar a su progenie, sólo que éstos muestran un hacha, un cuchillo, un alien, un palo de amasar, un arma de fuego, un dedo de “fuck you” y un pene. En su bunker vemos el mismo grado de detallismo puesto en juego.

Y me detengo en esto porque fui testigo del proceso de trabajo en esta obra de Sofía Durrieu, de sus dudas, sus preguntas y las respuestas que se fue dando a través del hacer y creo que lo más significativo quizás haya sido que en esta situación, cuando todo daba para realizar el gesto lánguido de configurar una escenografía por medio de una recolección de objetos ya fabricados, la artista se dedicó a HACER: idear, planificar, dirigir, generar. Para crear una ficción en torno a los temas de la impotencia, la soledad, la postergación y la inercia, Sofía convocó a sus amigos a trabajar con ella, los convenció de hablar frente a cámara, los dirigió, administró recursos, tomó decisiones estéticas, fabricó objetos con sus propias manos, editó video, experimentó con el sonido y el texto, y todo para modelar un personaje en el que podemos vernos reflejados, estudiar a una prudente distancia las maneras en que un discurso se va volviendo en contra de sí mismo o de su propio emisor. De alguna manera, esta obra nos invita a participar de un exorcismo y lo hace de forma tal que podemos observar desde afuera o probar también cómo se siente estar si no en los zapatos del otro, por lo menos bajo su peluca. Durrieu llevó a cabo lo que se proponía y más, porque logró ofrecernos preguntas nuevas, humor, una relación inquietante con la belleza, una forma singular de poner el cuerpo para mirar, observar y percibir, que es la manera en que el arte hace política.

Si se presentara a elecciones, yo la votaría.

Leticia Obeid

Buenos Aires, septiembre de 2013

1. *El espectador emancipado*, Ed. Manantial, Buenos Aires, 2011, p. 77.

créditos:

Compañeros de fórmula: Marcolina Dipierro, Martín “himself” Dubini, Martín “peludo” Hendler
Equipo de filmación spot de campaña: Silvina Schnicer, Ulises Porra, Jose Huedo
Fotografía de afiche: Leo Balistreri,
Joyería Hilda Godot: Solana finkelstein, Elena Iglesias Molli

agradecimientos:

Viviana Blanco, Leticia el Halli Obeid, Rodolfo Marqués, Elena Dahn, Naranja Verde
Mono, Ignacio Valdez, compañeras de clínica, Clara Caputo, Florencia Rotschild,
Fernando Sucari, Luis María Ducasse, Ignacio García Oliver.